

mano de obra, los empleadores tenían que pagar anticipos para atraer a los trabajadores, quienes con frecuencia se desaparecían sin cumplir con sus tareas.

Finalmente, el análisis de Posada Carbó sobre el papel de la United Fruit Company en la economía costeña difiere de previas investigaciones sobre la compañía. Él muestra que la producción de banano, lejos de ser un monopolio de la United Fruit, también comprendía a los cultivadores locales y que, en contraste con otros países, los trabajadores de la compañía eran en su mayoría nacionales colombianos. El libro también disputa las interpretaciones de la United Fruit como un enclave, al discutir su impacto general en el desarrollo de la economía de la costa.

Este libro ofrece la primera historia del Caribe colombiano entre las décadas de 1870 y 1950. Sin adoptar un tono polémico, demuestra con maestría el significado de la costa en la historia de Colombia. Sin duda, de alguna forma su particular enfoque descuida algunos aspectos de esta historia, tales como las relaciones sociales, las rivalidades interregionales, la religión, la cultura y la ideología. Es de esperarse que el trabajo pionero de Posada Carbó estimule más investigaciones sobre esta fascinante región.

ALINE HELG

Profesora de historia de la Universidad de Texas en Austin.

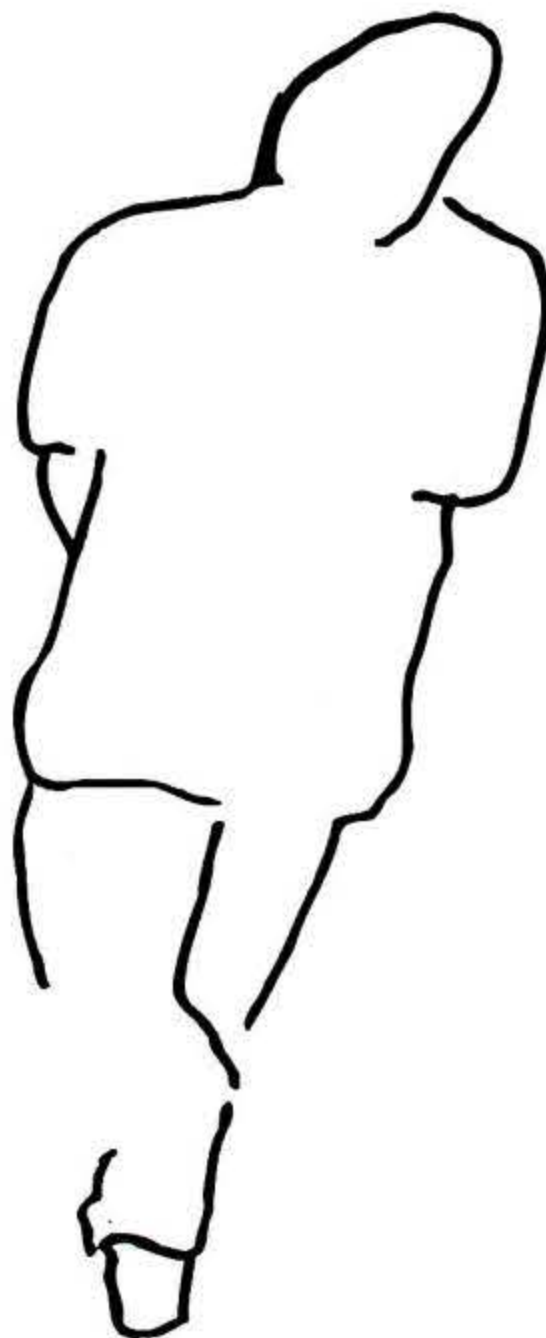
(Reseña aparecida en el *Hispanic American Historical Review*).

Un enfoque fluido y dinámico

El Caribe colombiano: una historia regional (1870-1950)
Eduardo Posada Carbó
Banco de la República, El Áncora Editores, Santafé de Bogotá, 1998, 507 págs.

Esta es una monografía en el mejor sentido del término: detallada en sus exploraciones pero sin ser estrecha, ni en

el tema ni en su estilo. Podría esperarse legítimamente que una "historia regional" cayera en el parroquialismo, pero el cubrimiento geográfico del libro de Posada Carbó es extenso —desde la costa norte de la Guajira hasta los contornos del sistema del río Magdalena—. Y su marco cronológico es prolongado —buena parte de un siglo durante el cual se supone que tuvieron lugar importantes desarrollos socioeconómicos—. Más aún, a todo lo largo del texto se mantiene una perspectiva que ha sido presentada en la introducción de manera concisa, cuando el autor, tras repasar con calma la literatura histórica general sobre nación y nacionalismo (autores como Renan, Anderson, Hobsbawm y Alter), propone un enfoque fluido y dinámico, antes que modular y estructuralista, frente a la "construcción" material y cultural de la nación. Esta perspectiva no tiene nada de original teóricamente, pero muy pocos han procedido a desarrollarla en la práctica histórica, especialmente sobre una región de tamaño intermedio, para lo cual uno debe, metafóricamente, mirar a cada paso de arriba a abajo.



En sus aspectos tanto macro como micro Posada Carbó va más allá de la desiderata altruista de los manifiestos metodológicos para trazar, sobre la base

de una investigación meticulosa, un cuadro que debe mucho a la escuela de los *Annales* en su alcance y en su *problématique*. Pero un cuadro que es evidentemente parte de la herencia empírica británica en sus preferencias por vivaces citas ilustrativas, detalles puntuales, y el ágil intercambio entre las evidencias de las cifras estadísticas, los testigos y las fuentes oficiales y literarias. En efecto, son este método y estilo los que proveen al trabajo de su atractivo interdisciplinario.

A partir de los temas que trata, ésta parecería un buen ejemplo ortodoxo de historia económica: los capítulos sustanciales versan sobre la agricultura, la ganadería, la ciudad y el campo, el transporte, las influencias extranjeras, y la política. Todos estos temas se discuten ciertamente con alguna extensión. Y puede esperarse que una lectura de este libro contribuya a la ya familiar revisión de la "mentalidad" dependencista que ha prevalecido por un cuarto de siglo por motivos ajenos a la solidez empírica. Sin embargo, uno encuentra aquí algo más que una discusión inteligente de política económica. Aquí hay insectos (y muchos), olores, alimentos para el consumo y para la venta, la expresión existencial de las condiciones climáticas, la diferente suerte de las haciendas, jornaleros recursivos, y el ambiente de una sociedad ribereña y marítima, en la que la "subsistencia" es territorio maleable y la "política" —en el sentido de programas y cometidos—, es de importancia terciaria.

Vale la pena añadir que el autor provee una tangencial pero justa valoración de la versión de García Márquez sobre la huelga bananera de 1928 y su represión —cuya dimensión (número de víctimas, etc.) tuvo orígenes literarios pero que ahora hace parte del "récord histórico" como hecho real, y que quizá sólo podría ser confrontado si la United Fruit Company decidiera abrir sus archivos al público— un evento poco probable. La versión de García Márquez, me atrevo a sugerir, podría fácilmente resistir cualquier nueva evidencia que surge, pero el libro de Posada Carbó demuestra que la historia sería no se contraponen a lo insólito o extravagante, y que lo puede abarcar y retratar con una voz alternativa y convincente. Este es, pues,

un libro esencial para quienes se interesan en la historia de Colombia, pero que beneficiará también a todos aquellos estudiosos de la historia social de América Latina.

JAMES DUNKERLEY

Ha sido nombrado Director del Institute of Latin American Studies de la Universidad de Londres.

(Reseña aparecida en la revista *Tesserae. Journal of Iberian and Latin American Studies*).

Panorama callejero

Sucedió en una calle

Alfredo Iriarte

Espasa Calpe, Santafé de Bogotá, 1996, 223 págs.

Bogotá, Cartagena y Tunja son los escenarios de este panorama callejero entresacado de la historia colombiana y relatado por un columnista del periódico *El Tiempo*. La idea de tomar las calles como espejos de una larga historia de tragedias, de sucesos sociales en general, parece una idea fascinante. Sin embargo, el lenguaje de Alfredo Iriarte —cuya trayectoria periodística y literaria no conozco ni es objeto de la presente reseña— se sitúa entre la historia y la ficción, y eso tal vez no le cae muy bien al objetivo que se propone el escritor.

Imágenes misteriosas se enfrentan con figuras de la vida real. Casi la mitad del libro cuenta historias de las calles bogotanas desde el año 1576 hasta aproximadamente principios del siglo XX.

Son más bien anécdotas que hay que armar como un rompecabezas para que salga una imagen entera del desarrollo de una sociedad. Sin embargo, hay que ser amigo de un estilo muy decorativo, de un estilo con muchos desvíos, de un estilo que se pierde en la artificialidad de la expresión como objetivo principal del relato en sí.

Iriarte parece escribir siguiendo permanentemente una línea de circunvalación, pero no para llegar más rápido

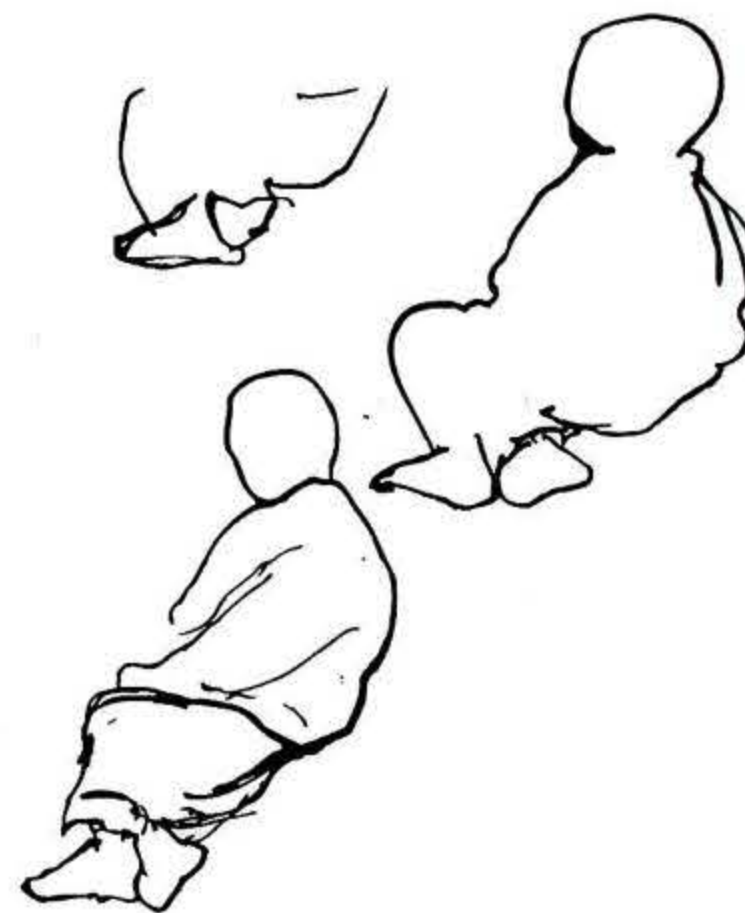
al centro del relato, sino precisamente para demorarse más de lo necesario. Aunque muchos de los relatos parecen más bien breves.

Y así, circunvalando, el autor recorre los siglos, pero la idea principal de tomar las calles como espejo de un desarrollo social y de entresacar arbitrariamente unos acontecimientos para relatarlos como ejemplos de la particularidad de un pueblo se desvanece, mientras el lector se empeña en descubrir lo que el autor quisiera decir con estas historias. Sin embargo, hay momentos muy divertidos en esta recopilación, como, por ejemplo, el diario de un burócrata, quien muy cuidadosamente anotó lo siguiente:

Domingo 3. —Este día no vine a la Secretaría. Lo uno por ser día festivo, y lo otro por no haber cosa urgente que hacer. Además, porque el Artículo Primero de la Instrucción que rige en esta oficina previene: "que los oficiales de ella concurran todos los días a las horas que se prescriben, excepto los domingos; a menos que en ellos no se reciba o despache algún correo". Y ninguno de estos dos motivos concurrían para haber venido a ella.

Como anteriormente se dijo, los textos se sitúan entre la historia y la ficción; es decir, que ni son historia ni ficción, aunque su punto de partida sean muchas veces figuras de la historia real de Colombia; por ejemplo funcionarios del Virreinato de la Nueva Granada. Es por ello que, aunque su base es histórica, el deseo del autor es que se los entienda como ficción. Objetivo que no logra. Tomemos un ejemplo. Iriarte cuenta en un capítulo la historia del "Terremoto por decreto". Los hechos tienen lugar en Bogotá en 1827. El escenario es un elegante baile en honor del Libertador, durante el cual se produce una ofensa de un joven oficial contra el cónsul holandés. Como era costumbre en aquel tiempo, el incidente desembocó en un duelo en el cual el cónsul resultó muerto. Su sepelio en la Capilla del Sagrario causó las iras del sacerdote Margallo por haberse utilizado la Casa de Dios para las exequias de un hereje luterano. El sacerdote advirtió que la venganza

de Dios se manifestaría a través de un terremoto. Unas dos semanas después, Bogotá fue, en efecto, estremecida por el peor terremoto de su historia. Punto final. ¿Y qué más? ¿Qué más nos quiere decir este relato? No tengo ni idea. Eso fue todo. Y por eso es poco lo que el autor logra a través de sus crónicas.



Ni cuando Iriarte pretende volverse cronista social —como bien podría ser el caso en el capítulo que narra la activación de la red de iluminación de Bogotá—, se puede soltar de las ataduras de la historia. Quizá sea por eso, por que la misión y profesión de Alfredo Iriarte es más la historia que la literatura o el periodismo, que el objetivo del libro parece haberse quedado estancado en la mitad del camino.

Sin embargo, de vez en cuando se despeja la nube de la historia y se producen explicaciones que despiertan la curiosidad del lector. Como es el caso del último capítulo que tiene lugar en Bogotá.

Para los bogotanos de hoy —empieza el relato— es virtualmente, inimaginable que esta megalópolis [...] ya entrado este siglo estuviera circunscrita a los mismos límites urbanos de fines del siglo XVI. Difícil de creer, pero verdadero. En 1906, año de este relato, la capital de Colombia llegaba por el sur hasta Las Cruces, por el oriente hasta Egipto, por el occidente hasta San Victorino y por el norte hasta la recoleta de San Diego. Cuando los bogotanos recorrían a las casas de recreo ya tenían que protegerse de